

“Los animales enseñaron el camino...”

La fauna de la Sierra Gorda queretana a través de sus representaciones cerámicas arqueológicas

María Teresa Muñoz Espinosa
José Carlos Castañeda Reyes

Access Archaeology





ARCHAEOPRESS PUBLISHING LTD
Summertown Pavilion
18-24 Middle Way
Summertown
Oxford OX2 7LG
www.archaeopress.com

ISBN 978-1-78969-859-6
ISBN 978-1-78969-860-2 (e-Pdf)

© María Teresa Muñoz Espinosa, José Carlos Castañeda Reyes and Archaeopress 2021

All rights reserved. No part of this book may be reproduced, stored in retrieval system, or transmitted, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying or otherwise, without the prior written permission of the copyright owners.

This book is available direct from Archaeopress or from our website www.archaeopress.com

A Don Ruperto Cruz Esquivel (1923-2008), quien inició como nuestro guía en la región serrana y se convirtió en buen amigo y mentor de noveles arqueólogos, que recordarán siempre su inestimable apoyo en el proceso de investigación de la Sierra Gorda queretana, que Don Ruperto tan bien conoció, para ayudarnos luego a descubrirla, además de compartir generosamente con nosotros su sabiduría en las riquezas de su tierra y su bonhomía serrana.

Índice

Agradecimientos	iii
Introducción.....	1
A manera de preámbulo: la Humanidad y los animales en las culturas y civilizaciones antiguas ..	3
Antecedentes geográficos y arqueológicos.....	7
La Sierra Gorda queretana y su riqueza biológica	18
Método de estudio e identificación de las piezas cerámicas	20
Las representaciones en cerámica de la fauna serrana	22
Clase de los anfibios	22
Clase de los reptiles.....	26
Clase de las aves.....	28
Clase de los mamíferos	41
Clase de los peces	56
Invertebrados	59
Filo mollusca.....	61
Palabras finales	64
Apéndice - Cuadro-resumen de las figurillas cerámicas y su contexto arqueológico y geográfico.....	68
Fuentes consultadas.....	77

Agradecimientos

Deseamos agradecer el apoyo del M. en C. Ulises Torres García, Coordinador de Monitoreo de la Biodiversidad, Reserva de la Biósfera de la Sierra Gorda del Estado de Querétaro de la Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas, dependiente de la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales del gobierno mexicano, en la identificación de algunas de las especies de la fauna serrana. También nos facilitó fotografías de las mismas, lo que se cita en su oportunidad como “Fondo RBSGQRO”. Nuestro reconocimiento a la M. en C. Cyhthia C. Muñoz Vermeiren, por su meticulosa revisión del trabajo y sus valiosas sugerencias para mejorarlo. Igualmente reconocemos a la Dra. Sonia Rivero Torres, Investigadora de la Dirección de Estudios Arqueológicos del INAH, especialista sobre el área maya, por su contribución para enriquecer nuestro texto. De la misma forma, la Mtra. Estela Martínez Mora, Investigadora de la Dirección de Estudios Arqueológicos del INAH, especialista en la región Huasteca, y el Dr. Anuar Terán, Subdirector de la Subdirección de Laboratorios y Apoyo Académico del INAH, realizaron apreciables comentarios y aportes cuando efectuaron la lectura de este trabajo. Finalmente, recordamos a la Mtra. Carmen Carolina Gómez Gutiérrez, editora de la Dirección de Publicaciones y Promoción Editorial de la Universidad Autónoma Metropolitana, Rectoría General, quien leyó una versión temprana de este libro, por sus estimables sugerencias para mejorar su contenido y estructura.

Introducción

Sabido es que fue Eduard Seler (1849-1922) quien planteó la idea de la unidad esencial de las culturas mesoamericanas.¹ En efecto, a pesar de sus diferencias, los diversos pueblos que se asentaron en este espacio –geográfico, histórico, cultural- compartían rasgos similares que reflejaban un origen común que fue diversificándose en el tiempo, a partir de una adaptación al medio geográfico y ecológico que ocuparon y que fue el gran marco en el que se desarrollaron los aspectos propios de su cultura. Fue un proceso de interrelación de los pueblos mesoamericanos con la Naturaleza, con las especies de plantas y de animales con las que convivían diariamente, y con las que mantenían procesos de interacción y de simbiosis que modificaron paulatinamente la vida de tales sociedades y, desde luego, de las mismas especies naturales con las que estaban en contacto para lograr su supervivencia.

En este proceso, los hombres y las mujeres de la antigua Mesoamérica, explicaron a través del mito su profunda integración con el mundo natural. Ello es claro en el tema que nos ocupa, en donde la mitología asociada con los animales presenta rasgos peculiares, como la creencia en que el ser humano, por medios mágicos, puede apropiarse de las virtudes de aquéllos. Estos últimos, sin embargo, son condenados por los dioses a servir a los mortales, considerando su inferioridad en relación con la humanidad, que es capaz de adorar a sus divinidades, en tanto que los animales son incapaces de hacerlo.

A partir de ahí se imagina el origen de los componentes de la civilización mesoamericana, como sería la utilización del maíz como alimento fundamental de los pueblos de esta área cultural. Pero también aparecen los dioses creadores, entre los cuales destaca la figura de Quetzalcóatl y sus diversas advocaciones que se retoman, de una u otra manera, en los distintos testimonios que presentaremos en las páginas que siguen. Por lo demás, los mitos mayas o nahuas muestran grandes similitudes con los correspondientes relatos huastecas u otomíes, explicaciones míticas que aún perviven en la región de la Sierra Gorda queretana, como muestra la tradición oral que ha llegado hasta nuestros días en ella.

Estas páginas intentan mostrar la importante interdependencia existente entre la Humanidad y los animales, desde las etapas más tempranas de nuestra historia y hasta nuestros días, en nuestro caso, en el escenario serrano. No en balde, la sabiduría del *Popol Vuh* (1981: 3ª. parte, capítulo 1) lo reconoce con claridad:

“He aquí, pues el principio de cuando se dispuso hacer al hombre, y cuando se buscó lo que debía entrar en la carne del hombre. Y dijeron los Progenitores, los Creadores y Formadores, que se llaman Tepeu y Gucumatz: ‘Ha llegado el tiempo del amanecer... que aparezca el hombre, la humanidad, sobre la superficie de la tierra’... Se juntaron, llegaron y celebraron consejo en la oscuridad y en la noche; luego buscaron y discutieron, y aquí reflexionaron y pensaron... encontraron y descubrieron lo que debía entrar en la carne del hombre... De Paxil, de Cayalá, así llamados, vinieron las mazorcas amarillas y las mazorcas blancas. Estos son los nombres de los animales que trajeron la comida. Yac, Utiú, Quel, Hoh². Estos cuatro animales les dieron la noticia de las mazorcas amarillas y las mazorcas blancas, les dijeron que fueran a Paxil y les enseñaron el camino de Paxil. Y así encontraron la comida y ésta fue la que entró en la carne del hombre creado, del hombre formado... Así entró el maíz [en la formación del hombre] por obra de los Progenitores. Y de esta manera se llenaron de alegría, porque habían descubierto una hermosa tierra, llena de deleites, abundante en mazorcas amarillas y mazorcas blancas... Había

1 Noción que acepta sin más Bonifaz Nuño (1989: 25) sin citar fuente, y que Thompson atribuye al gran sabio alemán (1971: 31).

2 Por su orden: el gato de monte, el coyote, la cotorra y el cuervo.

alimentos de todas clases, alimentos pequeños y grandes, plantas pequeñas y plantas grandes. Los animales enseñaron el camino...”

Tal es la sabiduría antigua. Por nuestra parte, desplegaremos un breve panorama de la Arqueología serranogordense, centrándonos en un aspecto particular de aquélla, que viene a mostrarnos la importante interrelación de nuestra región de estudio con las otras áreas culturales de Mesoamérica y aún con regiones más alejadas, como Norteamérica. Así como a la Sierra Gorda se le considera un verdadero “corredor biológico” por su gran cantidad de especies que han encontrado en ella refugio para lograr su desarrollo y asegurar su supervivencia (*Programa*, 1999: 30-31), como en el caso de la guacamaya militar (Pinedo, 2019), en el aspecto arqueológico la Sierra Gorda aparece como una zona de confluencia cultural del México prehispánico, quizá por la explotación de sus recursos minerales (Muñoz y Castañeda, 2015). En ella hemos estudiado desde la influencia huasteca (Muñoz y Castañeda, 2013) hasta la del Suroeste y la de los Bosques Orientales norteamericanos, lo que parece mostrar la existencia de una esfera de interacción directa a través de la Llanura Costera del Golfo. Lo anterior, como producto del intercambio cultural y económico entre estas distintas áreas del norte y del centro del continente americano, temática que hemos estudiado en diversos trabajos (Muñoz, 2009; Muñoz y Castañeda, 2010 y 2017).

Esto último, parte de la riqueza cultural serrana, en donde las tradiciones populares de sus habitantes y los testimonios arqueológicos que sobreviven de ella son la materia prima fundamental que presentaremos en este libro. Junto a los testimonios arqueológicos del pasado prehispánico serrano, destaca también el patrimonio natural de la Reserva de la Biosfera serranogordense, que debe ser apreciada y protegida por sus habitantes y por aquellos que la visitan.

A manera de preámbulo: la Humanidad y los animales en las culturas y civilizaciones antiguas

Como parte del Reino Animal, el ser humano ha estado ligado, desde el mismo proceso de Hominización, con las otras especies de animales con los que ha convivido a lo largo de su historia como miembro de la familia Homínida.³ Los géneros conocidos de la misma basaron su propia evolución en tal interrelación (Domínguez-Rodrigo, 1996: *passim*), ya en términos prácticos, ya en procesos religiosos.⁴ No en balde Harris (2005: 21-22), resalta la importancia de los alimentos de origen animal sobre los de procedencia vegetal para lograr una alimentación “sana” desde el punto de vista simbólico: en las mismas sociedades agrícolas, los alimentos originados en el mundo animal, más difíciles de producir u obtener, tienen una fuerza simbólica que deriva, precisamente, de su combinación de utilidad y escasez para consumirse.



Figura 1. El ser humano y los animales en el mundo antiguo: oposición y simbiosis. Gilgamesh lucha con el león, sello mesopotámico de Akad, 2ª. mitad del III milenio (Fuente: Parrot, 1981: 210-211).

³ Ejemplo, la interrelación del ser humano con el oso, una de las más importantes de la Prehistoria. Vid. *L'Ours...* (2016).

⁴ Para Eliade (2010: I, 38-39) una clara manifestación mágico-religiosa que interrelaciona al ser humano con los animales son los depósitos de osamentas, que muestran la creencia de los cazadores-recolectores de la posibilidad del renacimiento del animal a partir de sus huesos, quizá con la intervención del “Señor de los Animales” que los preside.

De ahí que en épocas ya muy posteriores, al surgir las primeras civilizaciones protohistóricas⁵, tal interrelación se mantuviese, quedando reflejada en el pensamiento mítico de esos pueblos (figura 1).

En efecto, en el *Atrahasis* mesopotámico⁶ no se habla de la creación inicial de los animales, sí de su repoblamiento en la tierra por los dioses, luego del Diluvio:

“Construye un gran barco... Su estructura deberá ser de excelentes cañas: ¡Será un navío llamado ‘Salva vidas’! Téchalo sólidamente. [Dentro de ese barco,] una vez que lo hayas construido ¡[Embarca] animales salvajes, pájaros del cielo! Amontónalos...” [Y luego de la catástrofe] Por todas partes se volvieron a multiplicar los seres vivos. Y, para poblar el campo, volvieron a aparecer todo tipo de cuadrúpedos”.

En el Egipto antiguo la presencia de la fauna del valle del Nilo es una constante en los diversos aspectos de su cultura, desde la escritura, donde los animales se incorporan en el sistema logográfico o prealfabético que emplearon⁷, como en las imágenes teriomórficas de muchos de sus númenes, el *ba* del dios, o sea, “la facultad de relación entre lo real y lo imaginario, la facultad de manifestación” (Derchain, 1977: 172-173) de los animales sagrados ligados con los dioses. Al respecto dice Frazer (1994: 784):

“La idea, si estamos en lo justo, es la posibilidad de establecer una relación simpatética con un animal, un espíritu o cualquier otro ser poderoso en el que un hombre pueda depositar, para mayor seguridad, su alma o una porción de ella y del que recibe recíprocamente el don de poderes mágicos”.

Al igual que en el caso del Viejo Mundo, asimismo es clara la importancia de los animales en el México antiguo. Como escribe Seler (2004: 17) al hablar de las imágenes de animales en esta área cultural: “estos animales no representan un añadido ornamental, sino casi siempre tienen un papel importante en tanto seres dotados de fuerzas especiales y como entes concebidos en parte con mayor o menos trascendencia.” Y es así: los *Anales de Cuauhtitlan* inician diciendo:

“...un águila amarilla, un tigre amarillo, una culebra amarilla, un conejo amarillo y un venado amarillo... flecharéis un águila roja, un tigre rojo, una culebra roja, un conejo rojo y un venado rojo: y cuando hayáis vuelto de tirar con el arco, ponédlos en manos de Xiuhtecutli (el señor del año-dios del fuego) Huehuetotl, (el dios antiguo), a quien guardarán los tres, Mixcoatl, Tozpan e Ihuitl” (*Códice Chimalpopoca*, 1975: 3).

En el mundo nahua, Sahagún presenta en su libro XI, capítulos 1 a 5, una amplia información sobre la consideración de los animales en el centro del México antiguo. Landa (1973: capítulos XLV a XLVIII y L-LI), sin tanta profusión, también presenta datos importantes sobre la fauna conocida por los mayas.

En el caso de Sahagún, destaca la referencia al valor simbólico de la interrelación ser humano-animal en la forma “simpática o simpatética” que recuerda a Frazer (1994: 33-74): al poseer parte del cuerpo físico del animal, el individuo adquiriría sus virtudes: “decían que con esto eran fuertes y osados, y espantables a todos, y todos les temían, y a ninguno había miedo, por razón de tener consigo estas cosas del tigre” (Sahagún, 1975: Capítulo 1, §1, 5).

Para los mayas, se lee en el *Popul Vuh* (1981: capítulo II):

5 El término lo utilizamos para referirnos a las primeras civilizaciones surgidas en Asia y África, en Mesopotamia y Egipto concretamente.

6 El poema de los orígenes de la humanidad escrito en acadio. Vid. Bottéro y Kramer (2004: 540-544).

7 Al respecto, vid. la famosa “Sign List” de jeroglíficos egipcios, establecida por el egiptólogo inglés Alan Gardiner en 1927, y que hasta nuestros días sigue siendo utilizada por los egiptólogos de todas las naciones y lenguas. El listado de Gardiner dedica las secciones E a L (Gardiner, 1973: 458-478) a los diversos animales, vertebrados e invertebrados, que habitaron el Valle del Nilo y que se incorporaron al sistema jeroglífico egipcio. Vid. una versión más reciente de la “Sign list” en Hannig (2001: 1106-1109, 1136-1147).

“Luego hicieron a los animales pequeños del monte, los guardianes de todos los bosques, los genios de la montaña, los venados, los pájaros, leones, tigres, serpientes, culebras, cantiles [víboras,] guardianes de los bejucos... Pero no se pudo conseguir que hablaran como los hombres; sólo chillaban, cacareaban y graznaban; no se manifestó la forma de su lenguaje, y cada uno gritaba de manera diferente... Pero no pudieron entender su lenguaje entre ellos mismos, nada pudieron conseguir y nada pudieron hacer. Por esta razón fueron inmoladas sus carnes y fueron condenados a ser comidos y matados los animales que existen sobre la faz de la tierra”.

Mito etiológico, explicativo, como otros, del “lenguaje que oculta para revelar”, que muestra la posición inferior del animal, que no logra agradecer a sus dioses creadores por su existencia, como sí realizará la humanidad. Lo cual no implica que la interrelación entre seres humanos y bestias no se conserve como fundamental en el universo humano (Olivier, 1999: 5).

Y en la “Leyenda de los Soles” (*Códice Chimalpopoca*, 1975: I) se lee:

“Aquí están las consejuelas de la plática sabia. Mucho tiempo ha sucedió que formó los animales y empezó a dar de comer a cada uno de ellos: sólo así se sabe que dio principio a tantas cosas el mismo Sol, hace dos mil quinientos trece años, hoy día 22 de mayo de 1558”.

Para los huastecos, uno de los pueblos antiguos todavía habitantes de la Sierra Gorda, los animales o *hullatnal* tienen una relación con el ser humano siempre compleja, como los relatos de la tradición oral serrana muestran. Es el argumento del relato *teenek* de Aquismón, “El hombre cazador” (*In Tének...*, 1998: 24-29) en donde un joven descubre en su milpa a dos muchachas que cortaban las hojas y flores del frijol. Decide casarse con ellas, sin saber que son dos hembras de venado que se transformaron en mujeres para que no las matase. El personaje acaba por transformarse en venado también y estuvo a punto de morir por la bala de un cazador. Pero tres seres lo salvaron: el zorrillo, la zorra y el zopilote real o *kwíxt’ot*. Este último arrancó a picotazos el corazón y los ojos del venado moribundo, los otros dos lo “barrieron”, o sea, lo limpiaron, y con ello lo transformaron de nuevo en individuo, salvándole la vida. Ello porque éste les permitía comer de sus gallinas cuando tenían hambre...

Igual enseñanza da el relato “El muchacho flojo”, también de Aquismón (*In Tének...*, 1998: 38-45). La benevolencia del Hombre para con los animales (una hormiga, un león, un gavián) le reditúa ser salvado por ellos a su vez.

El relato es muestra de la interdependencia de la humanidad y los animales. Y si tal relación se viola, el ser humano paga las consecuencias. En efecto, la contraparte del relato precedente es el de “El cazador devorado” (*In Tének...*, 1998: 34-37 y Fernández y Esteban, 1997: 19). El protagonista acostumbra defender su milpa de los pájaros y los mata tanto como puede, violando de esta forma las leyes de la Naturaleza: no mata para comer, sino con saña en contra de las aves. Por ello es que, cuando a su vez el Cazador va al monte, se emborracha y un tigre aprovecha para devorarlo.⁸

Lo anterior lo ilustra asimismo la otra gran etnia serrana, la de los pames⁹, que tienen la idea de que la persona es parte de la naturaleza. Lo que es más, la humanidad no es superior al entorno natural, por el contrario, vive gracias a lo que aquél le obsequia. Los animales y las plantas son seres con identidad y pensamiento, y de la manera en que el ser humano se relaciona con ellos resultan consecuencias importantes en esos “otros mundos” (Vázquez Estrada, *et al.*, 2010: 88). En su cosmovisión, el monte es el

⁸ No estudiamos en estas páginas el desarrollo e importancia del proceso de domesticación de los animales para las culturas antiguas. Al respecto, *vid.* la obra clásica de Zeuner (1963), entre otras. Trabajos recientes al respecto son los de Valadez (1999: 32-39) y McClung y Sugiyama (2012: 20-25).

⁹ Al respecto, los trabajos de Chemin Bässler (1984), Bässler (1992) y el más reciente de Vázquez Estrada, coord., (2010), son de gran relevancia para el estudio de este grupo indígena.

niggol'uée, “proveedor de sustento”, (Vázquez Estrada, *et al.*, 2010: 96-97) y en él habitan las plantas y los animales que sustentan a la humanidad, y que aquélla puede aprovechar pero debe respetar. Además, el monte tiene, según Vázquez Estrada y colaboradores (2010: 101), un “sentido mágico y divino”, ya que ahí habitan entidades sagradas como los nahuales y las brujas, pero igualmente animales peligrosos como los tigres, los osos, los jaguares, cuyo encuentro puede llevar al mal “del Susto”, “del Espanto” (*spói* o *mbyi'an*, “se espantó”); que provoca desmayos, debilidad, inapetencia, y además vómito, diarrea, enflaquecimiento, en aquel que lo padece (Bässler, 1992: 30).

Al respecto de las relaciones del individuo con el monte y sus habitantes, la Sra. Justina Durán Montero, de 58 años, pame nacida en Las Nuevas Flores, Municipio de Jalpan de Serra, conoce la historia del buen tlacuache que cuidaba a los niños. En efecto, el animal vivía junto con una zorra en la casa de un pueblo. Cuando la zorra decidió irse al monte, el personaje decidió quedarse, porque en las cercanías vivían gigantes que se robaban a los niños, se los llevaban a una cueva y se los comían. A pesar de que lo trataban mal, le echaban agua caliente y lo querían matar, el animalito los cuidaba. Pero les decía: “Ora no van a amanecer en la casa, el gigante se los lleva. Y a mí también, me llevará en el ayate”. Y llegó el día en que sí “se los cargó”. Los niños lloraban en la cueva, y el tlacuache ya no los podía cuidar. Fue corriendo a avisarles a los papás de los niños. Al regresar, el gigante le dijo: “¿A dónde fuiste?”. “Al baño”, dijo el astuto tacuache. El gigante le dijo. “Te hubiera dado un huarache para que ahí te hicieras”. Y entonces llegaron los papás y otras personas, salvaron a los niños y quemaron la casa de los gigantes. “Por ello hay que cuidar a los tlacuaches, y a los otros animalitos. Son animales del campo, alegría para todos”.

Componentes del universo, interdependientes con la Humanidad, agregaríamos nosotros.